

SANTIDAD EN TIEMPO DE CONFLICTO

En 1997 se cumplen diez años de la beatificación de Edith Stein y cincuenta y cinco de su muerte, ocurrida en el campo de concentración de Auschwitz días después de su detención en Holanda por la policía hitleriana. Es una buena ocasión para recordar la figura de esta mujer que durante el agitado periodo europeo de entreguerras se hizo cristiana sin dejar de ser judía, profesó como carmelita descalza sin dejar de ejercer la filosofía y luchó por los derechos de la mujer desde un peculiar talante intelectual tintado a la vez de sobriedad y ternura. Su canonización, que se anuncia para pronto, servirá para poner de manifiesto las posibilidades de imbricación estrecha entre la fe cristiana y los mejores dinamismos culturales del mundo contemporáneo.

Posiblemente la mejor semblanza de ella que podamos hacer será a través de sus propios escritos. Engarcemos pues algunas citas suyas, intentando acercarnos a una personalidad fuerte que se dejó llevar por el Espíritu de Dios.

UNA MUJER JUDÍA Y ALEMANA

Edith Stein nació en Breslau, ciudad entonces alemana y hoy polaca, dentro de una familia de comerciantes judíos. Aunque a los treinta y un años recibió el bautismo católico, nunca abandonó la pertenencia a su pueblo, que habría de sufrir una terrible persecución en toda Europa. Acababa de ascender Hitler al poder en 1933, cuando Edith decidió escribir las memorias de su familia, que acabarían siendo su propia autobiografía. En el prólogo explica así la autora su preocupación central:

«Hay muchos (alemanes) que han tratado de cerca a la familia judía como empleados, como vecinos, como compañeros de escuela y universidad. Han encontrado bondad de corazón, comprensión, cálido compartir y disponibilidad de ayuda. El espíritu de justicia de estos hombres se subleva ante el hecho de que los judíos sean condenados a una existencia de parias.

Otros muchos, sin embargo, no tienen esta experiencia del trato próximo. Sobre todo la juventud, que es educada en el odio racial, se ve privada de la oportunidad de conocerlos. Ante ello, tenemos, los que hemos nacido y crecido en el judaísmo, el deber de dar testimonio.»(1)

La autobiografía nos muestra sobre todo a una mujer que narra su infancia y su formación académica como un rosario de personas, de relaciones, de sentimientos respecto a ellas, no de sucesos o de conceptos. Fuerza de carácter y ternura se entretienen en su vida. Comenzaba su carrera universitaria en Göttingen, cuando en 1914 estalló la Primera Guerra Mundial; sintió entonces que su mundo se conmocionaba:

«La paz, la tranquila posesión de los bienes, la estabilidad de las relaciones cotidianas, constituían para nosotros como un inmovible fundamento de la vida. Cuando, finalmente, percibimos que se acercaba inexorablemente la tempestad, todos intentamos avizorar con claridad el proceso y el desenlace.»(2)

Su primer movimiento interior no fue escapar, sino asumir la solidaridad con la nación alemana que el momento parecía exigir:

«'Ahora mi vida no me pertenece', me dije a mí misma. 'Todas mis energías están al servicio del gran acontecimiento. Cuando termine la guerra, si es que vivo todavía, podré pensar de nuevo en mis asuntos personales'»(3).

Y así se ofreció como enfermera, sirviendo en el hospital de Weisskirchen. Se dejó afectar por el dolor de las enfermedades de guerra y las infecciones, tratando de humanizar los sufrimientos de las personas a su cargo. La tragedia de la guerra se le manifestó allí en toda su



Judía, filósofa y carmelita

“Lo propio de la mujer es tener presente lo humano y concreto”

Raúl González Fabre

*"Casi sin notarlo,
fui transformada poco a poco"*

profundidad personal:

«Cuando ordené las pocas cosas que poseía el muerto reparé en una nota que había en su agenda. Era una oración para pedir que se le conservase la vida. Esta oración se la había dado su esposa. Esto me partió el alma. Comprendí, justo ahora, lo que humanamente significaba aquella muerte.»(4)

Décadas después, siendo ya monja carmelita, la persecución antijudía arrojó en Alemania. Ni siquiera el convento de Colonia era lugar seguro entonces. Edith Stein había sido obligada antes a separarse de toda actividad docente por la ley sobre los no arios, pero ahora peligraba la vida misma.

En 1938 se trasladó al Carmelo de Echt, en Holanda, donde la atrapó unos meses más tarde la fulgurante invasión de los Países Bajos por Alemania. Los obispos holandeses condenaron la política racial de los nuevos amos en una carta leída desde los púlpitos; a ello respondió el comisario del Reich Seyss-Inquart apresando a todos los judíos católicos holandeses y deportándolos hacia los campos de concentración. El 2 de agosto de 1942 le correspondió el turno a Edith Stein y a su hermana Rosa, que fueron detenidas por la Gestapo en el convento. La última frase que se recuerda de ella antes de ser llevada al campo de concentración fue dirigida a su hermana: "¡Ven, hagámoslo por nuestro pueblo!".

UNIVERSITARIA Y FEMINISTA

Entre estos dos momentos de la vida de Edith Stein, sus primeros escauceos universitarios en el contexto de la guerra del 14 y su entrega final por la salvación de los pueblos de Israel y Alemania, se encuentra la historia de una joven intelectual llamada a la carrera académica que, sin embargo, no escribió sus libros de madurez en alguna gran universidad sino en el Carmelo.

Como estudiante empezó interesándose por la psicología profunda y la germanística, a las que dedicó unos se-



mestres en la universidad de Breslau. Pero pronto le llamaron la atención las *Investigaciones lógicas* de Edmund Husserl, y a los veintinueve años decidió trasladarse a Göttingen, donde se encontraban tanto el historiador Max Lehmann como Max Scheler y el "Círculo Fenomenológico" de Husserl, puntas de lanza de la filosofía alemana del momento.

Acababa Edith Stein de llegar y ser presentada al maestro de la fenomenología, quien la admitió de inmediato en su

Seminario, cuando fue publicado el primer tomo de la segunda gran obra de Husserl, las *Ideen*. La pasión por la realidad de la joven estudiante se pone de manifiesto en sus memorias de ese tiempo:

"Las Investigaciones lógicas habían impresionado, sobre todo porque eran un abandono radical del idealismo crítico kantiano y del idealismo de cuño neokantiano. Se consideraba la obra como una 'nueva escolástica'

**“Tenemos que entrar en
contacto con la masa que
hierva, con sus necesidades
físicas y espirituales”**

debido a que, apartándose la mirada filosófica del sujeto, se dirigía ahora al objeto: el conocimiento parecía ser de nuevo un 'recibir' que tenía su estatuto regulador en la cosa y no como en el criticismo, en el que el conocimiento es un 'determinar' cuya ley connota a la cosa. Todos los jóvenes fenomenólogos eran decididos realistas.

Las *Ideen* contenían, sin embargo, algunas expresiones que sonaban como si el maestro se volviese al idealismo. Lo que él nos decía verbalmente como aclaración no podía disipar nuestras dudas. Esto era el comienzo de aquella evolución que habría de llevar, cada vez más, a Husserl hacia lo que él llamaría 'idealismo trascendental' (que no corresponde al idealismo trascendental de la escuela kantiana) y ver en él el núcleo de su filosofía. Husserl empleó todas sus energías para fundamentar un camino que sus antiguos alumnos de Göttingen no podían seguir, para dolor de maestro y discípulos.”(5)

Edith Stein estudió a fondo la fenomenología, escribió su tesis doctoral sobre el tema fenomenológico de la “empatía” y fue asistente del mismo Husserl, trasladándose con él a Friburgo de Brisgovia. Pero no le acompañó en este giro hacia el idealismo, sino que dedicó sus esfuerzos intelectuales a relacionar las *Investigaciones Lógicas* con los conceptos de Santo Tomás de Aquino. Así, en 1931 publicó la traducción alemana de las *Quaestiones disputatae de veritate*; y su principal obra filosófica, *Ser finito y ser eterno*, entrelaza conceptos clásicos y contemporáneos en “una ascensión hacia el sentido del ser”.

Su experiencia de la creación intelectual nos la narra Edith Stein así, hablando de los tiempos en que escribía su tesis:

«Ahora dejé decididamente a un lado todo lo que procedía de libros y comencé desde el principio. Esto significaba hacer una investigación del problema ... según el método fenome-

nológico. ¡Qué diferente era todo ahora! Bien es verdad que cada mañana me sentaba dubitativa ante mi mesa. Yo era como un punto diminuto en un espacio inmenso. ¿Vendría algo de esa gran extensión que yo pudiera captar? Me sentaba en mi silla, firmemente apoyada en el respaldo, y dirigía mi espíritu en dolorosa tensión hacia lo que para mí era exactamente la cuestión más acuciante. Al cabo de un rato parecía que una luz llegaba. Por lo pronto podía formular la pregunta y encontraba caminos para darle cuerpo. Y en cuanto una cosa se esclarecía, se planteaban nuevas preguntas desde distintos lados. Husserl acostumbraba a llamar a esto 'horizontes nuevos' (...) Iba llenando hoja tras hoja y escribía enardecida, un placer desconocido se apoderaba de mí...»(6)

La carrera docente de Edith Stein se vio truncada por dos sucesivas discriminaciones. Primero se le negó la habilitación docente en Göttingen (1919), Friburgo (1930) y Breslau (1931) por ser mujer, pese a su excelente historial académico. No pudiendo entrar a la universidad como profesora, debió contentarse con dar clases en secundaria y en institutos pedagógicos. También esta actividad se le impidió en 1933, ahora por ser judía.

No es raro entonces que la joven profesora militara activamente en asociaciones por la dignidad de la mujer en Alemania, incluso dando y publicando conferencias sobre las modalidades de la participación de los sexos en la vida del pueblo. Su sensibilidad de mujer le llevó a apuntar más a una complementariedad entre dos especificidades distintas que a una igualdad abstracta.

Así, en una fábrica o en una oficina comercial, en un laboratorio químico o en un instituto de matemáticas, dondequiera que se maneje material inerte o abstracto, “se da enseguida la oportunidad para desarrollar todas las virtudes femeninas. Incluso se puede decir que particularmente aquí, don-

de se corre el peligro de convertirse un poco en máquina y perder algo de humanidad, el despliegue de la peculiaridad femenina puede representar un contrapeso altamente beneficioso.” (7) Lo mismo ocurre en el campo de la política entendida a la manera positivista, donde se corre el peligro de “decidir desde una mesa de trabajo la elaboración de normas exquisitas y sumamente perfectas sin tener suficientemente en cuenta las verdaderas circunstancias reales ni las consecuencias que se producirían en la práctica. A la peculiaridad específica de la mujer repugna esta manera de proceder abstracta; lo suyo es tener presente lo humano y concreto”.(8)

UNA MONJA CARMELITA

Edith Stein se crió en una familia judía no demasiado devota aunque bien afincada en su identidad. Sus primeros estudios tuvieron lugar en el ambiente racionalista alemán de la época, no exento de tensión hacia la trascendencia pero en el que la mayoría de las grandes figuras no se profesaban creyentes. El testimonio de una importante excepción a este tono general, el filósofo Max Scheler, desbloqueó para la joven estudiante el camino de la fe:

«(La influencia de Max Scheler) fue mi primer contacto con este mundo hasta entonces para mí completamente desconocido. No me condujo todavía a la fe. Pero me abrió a una esfera de 'fenómenos' ante los cuales ya nunca podía pasar ciega. No en vano nos habían inculcado que debíamos tener todas las cosas ante los ojos sin prejuicios y despojarnos de toda 'anteojera'. Las limitaciones de los prejuicios racionalistas en los que me había educado, sin saberlo, cayeron, y el mundo de la fe apareció súbitamente ante mí. Personas con las que trataba diariamente y a las que admiraba, vivían en él. Tenían que ser, por lo menos, dignos de ser considerados en serio. (...) casi sin notarlo,



"¡Ven, hagámoslo por nuestro pueblo!"

fui transformada poco a poco.»(9)

El proceso de fermentación interior continuó, y en 1922 Edith se bautizó como católica, con gran disgusto familiar. Toda su actividad como docente tuvo entonces lugar desde la fe, como demuestran sus lecciones en el Instituto de Pedagogía Científica de Münster. En ellas propone la reconstrucción de la metafísica, la teoría social y la pedagogía hacia una praxis orientada por el cristianismo, preocupada por la cuestión social:

"¿Nos quema también a nosotras, o esperamos a que otros encuentren alguna solución y aguardamos hasta que el caos nos aniquile? ... No podemos quedarnos en vías muertas. Tenemos que entrar en contacto con la masa que hierve, con sus necesidades físicas y espirituales."(10)

Edith Stein tomó la fe cristiana con la misma seriedad que había mostrado siempre ante las grandes cosas de su vida. Mientras desarrollaba una intensa actividad académica e intelectual, crecía la llamada a una consagración total a Dios en el Carmelo. No en vano la lectura de la *Vida* de Santa Teresa había sido decisiva en su conversión al cristianismo. Más de diez años pasaron entre el momento en que pidió a su director espiritual permiso para ingresar en un convento de clausura y el momento en que lo obtuvo: los años precisos en su caso para probar la llamada, para asegurarse de que no se trataba de un escape del mundo sino de una inmersión en él, de profundidades místicas.

Así fue, efectivamente. Los nueve

años de Edith Stein como carmelita descalza hasta su muerte en 1942, son los de su producción intelectual más fecunda (*Ser finito y Ser Eterno*, *Ciencia de la Cruz*), los de sus poemas más ardientes y desgarrados, los de una solidaridad extrema con su pueblo perseguido y con su otro pueblo perseguidor, a los que quiso contribuir a redimir ofreciendo su propia vida.

La mística de San Juan de la Cruz, que estudió a fondo en su obra *Ciencia de la Cruz*, marcó la experiencia espiritual última de Edith, su camino en la noche que se cernía sobre Europa:

"El Señor pisa el lagar,
está rojo su vestido.
Con escoba de hierro
barre violento nuestro lar.
Con estruendoso retumbar
anuncia su retorno.
Escuchamos el imponente bramar,
sólo el Padre sabe cuándo.

¿Quién nos guiará
desde la noche a la luz?
¿Quién al terror pondrá fin?
¿Cuándo el juicio del pecador?
¿Qué día la suerte cambiará?
El que en el Monte de los Olivos
en cruento sudor de angustia
con el Padre en ferviente súplica
forcejeó, conseguirá la victoria,
la victoria que los mundos cambió.
¡Arrodíllense! ¡Oren!
¡Dejen de preguntar
quién, cómo, dónde o cuándo!"(11)

Esta breve semblanza de aquella mujer de vida interior excepcionalmente intensa, puede concluir con unas pala-



bras escritas por ella misma semanas antes de su muerte, que dan la clave para entender por qué en Edith Stein encontrarán los cristianos por mucho tiempo una figura significativa para su camino de fe:

"La noche (de la contemplación) será tanto más oscura y la muerte (del hombre viejo) tanto más atroz, cuanto el asedio del amor divino se haga más apremiante e insistente sobre el alma, y cuanto más sin reserva el alma se entregue a él. El aniquilamiento progresivo de la naturaleza da cada vez más y mayor cabida a la luz de arriba y a la vida divina. Esta se apodera de las fuerzas naturales y las transforma, espiritualizándolas y divinizándolas. De esta manera viene a verificarse una nueva encarnación de Cristo en los cristianos, equivalente a una nueva resurrección después de la muerte en Cruz." (12) ■

Raúl González Fabre es miembro del Centro Gumilla

1. *Estrellas amarillas*, Ed. Espiritualidad. Madrid, 1973, p. 18.
2. *Ibidem*, p. 240.
3. *Ibidem*, p. 244.
4. *Ibidem*, p. 275.
5. *Ibidem*, p. 201.
6. *Ibidem*, p. 300.
7. Cit. por Ch. Feldmann, *Edith Stein*, Herder, Barcelona, 1988, p. 69.
8. *Idem*.
9. *Estrellas amarillas*, p. 211.
10. Cit. por Ch. Feldmann, *Edith Stein*, p. 77.
11. *Ibidem*, p. 118.
12. *Ciencia de la Cruz*. Ed. Monte Carmelo. Burgos, 1989, p. 337.